

ANHELO DE MUJER

Valentín Martínez-Otero

En un lugar del mundo una joven mujer sueña que es libre. Mientras lava, friega, cose, plancha cocina... se pregunta cómo será la vida más allá de las paredes que la aprisionan. Desde la ventana ve la escuela a la que apenas pudo asistir y más allá un camino de flores por el que no puede pasear. No tiene tiempo para nada que no sea realizar labores domésticas con que ayudar a su familia.

Aquella noche, tras mirar a las estrellas, muy cansada se quedó dormida y soñó de nuevo que era libre, que volvía a la escuela, aunque todo parecía más bello y no reconocía a nadie, salvo al viejo maestro. Soñó que paseaba por el campo, que la acariciaban el cabello, que la susurraban al oído, que la daban un beso. Despertó, volvió a la rutina, a sus múltiples quehaceres cotidianos, casi llora por el desengaño: ni escuela, ni campo, ni caricia, ni susurro, ni beso... Del dulce sueño pasó a la amarga vigilia, del vuelo nocturno al encierro diurno, de las esperanzas a los llantos silenciosos. Se preguntaba por qué no llevaría otra vida, como la que se mostraba a veces por televisión, como la que según una vecina tenían, en general, las personas allende el océano... Y dejaba volar la imaginación, y se veía a sí misma más allá del camino de flores y del camino que seguía a ese camino. Tal vez se exagerase, tal vez no todo fuese tan diferente en otro lugar. Ella quería saber, conocer, y fantaseaba, planificaba con detalle su particular viaje mientras miraba al cielo. Con estos pensamientos que tanto la emocionaban temblaba su alma, todo su ser se agitaba caldeado como el crepitar de la madera en el fuego. Y así continuaba cada día. De un tiempo a esta parte su deseo se tornó mucho más vivo, un verdadero anhelo. ¿De qué servía soñar, imaginar? Nada era real, únicamente una compensación pasajera...y, por momentos, la tristeza la invadía y su rostro se mostraba lánguido.

De nuevo, soñar, imaginar, pero no era feliz. ¿Qué hacía ella ahí?, ¿qué la esperaba en esa casa?, nada, sólo consumirse, que se derrocharan los años, sus mejores años. Ella quería vivir, sentirse dichosa, y ante sí lo que tenía era otra jornada gris, un día como todos los días. En el final de un otoño cualquiera se desespera, suspira y toma aliento, sigue trabajando y pasan las horas, cae la noche. Y ahora, en la soledad, acaso soñar con lugares que le están vedados. Y así, sin haber partido jamás, puede viajar. Y sueña mundos enteros, maravillosos, tan intensos que a menudo desea que se haga de noche para recuperarlos, para soñarlos de nuevo. Todo lo soñaba y lo vivía con creciente fuerza en su interior, en secreto. Entretanto realizaba sus pesadas obligaciones. La última noche en aquella casa cayó rendida en la cama, durmió profundamente y se despertó cuando el gallo anunció que ese día, por fin, emprendería el vuelo.